Erendirani

Mario López Espinosa

Erendirani

Mario López Espinosa

Avant
editorial

Primera edición, abril de 2023
© Mario López Espinosa, 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Portada: Mario López Roldán
Diseño y Edición:
Avant editorial

Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19763-14-3
IBIC: FA

DEPÓSITO LEGAL: M-16005-2023

Este libro está dedicado a mi hija Conieca, la mujer más luchadora y valiente que he conocido, quien en sus diez años de vida nos demostró que para una mujer decidida no existen barreras infranqueables

CAPÍTULO 1

—¿Por qué? —se preguntó Erendirani—. Si verdaderamente se trata de un hombre tan sabio, como yo lo había imaginado siempre, ¿por qué piensa que sí puedo, si yo sé que no? ¿Por qué me tiene esa confianza que yo jamás me he tenido? ¿Por qué se está arriesgando conmigo?

»Yo sé bien cuáles son mis capacidades y también mis limitaciones, o al menos eso creo, pero la verdad es que él ya me hizo dudar. Me está proponiendo nada menos que me lance a cruzar el Atlántico, sin boleto de regreso, para ayudarle a instalar y operar en Madrid un restaurante de comida mexicana; pero también, y sobre todo, según me advirtió con cierto aire de solemnidad, para encontrarme conmigo misma y para descubrir quién soy.

«¡Uff!, a mis treinta y seis años».

Yo he sido y sigo siendo tan sólo una simple mesera de Sanborns y de los menesteres de la cocina realmente sé más bien poco, aunque por supuesto mucho menos de administrar un restaurante. Él apenas me conoce. Le insistí y únicamente en una relación de cliente y mesera, pero en lo personal nada. Se lo dejé muy claro y no me hizo caso, insistió en que lo que necesitaba era de mi sonrisa, de mi belleza típica mexicana, de mi honestidad, de mi eficiencia y de mi trato con la gente... Es cierto que muchos clientes me han apreciado y a veces hasta se pelean porque yo los atienda. También lo es que me han estimado siempre mis compañeros y los jefes —eso debo aceptarlo—, pero

de eso a operar un restaurante hay un abismo. Eso sí que son otros Pérez… Y luego en un país que no conozco…

Recordaba que don Fidencio también le aseguró, como quien ha vivido mucho y lo ha visto todo, que él sabía identificar la inteligencia y reconocer la sensibilidad y que estaba seguro de que a ella eso le sobraba. Yo creo que don Fidencio está loco o se está volviendo loco. Debe ser cosa de la edad. Como quiera que sea se trata de una iniciativa que, en todo caso, habría que meditar con detalle y a fondo antes de rechazarla o acometerla.

Erendirani Sánchez Pérez era la última de tres hermanos y la única que nació en la Ciudad de México, después de que sus padres decidieron abandonar Tacámbaro, su pueblo natal en Michoacán, para emigrar a la capital. Extrañamente esta diferencia perduró durante toda su infancia. Los hermanos le llamaban Chilanga cuando querían molestarla y ella, en reacción de defensa, los calificaba de *provincianos*, con un cierto aire de superioridad, por cierto. Reconocía a los aztecas como sus antepasados, más que a los purépechas y se enorgullecía al hablar de su origen náhuatl. Afirmaba que ella de tarasca sólo tenía el nombre. Este sentimiento de supremacía la obligó a reflejarlo en un mayor aprovechamiento de su vida escolar. Siempre las notas más elevadas de los tres y la que recibía mayores reconocimientos por parte de los maestros. Su infancia y adolescencia transcurrieron como las de todos los infantes contemporáneos de la Ciudad.

Como sucedía también con todos los niños, al menos de la capital, los juegos y los juguetes fueron determinantes en su formación y en la construcción de su carácter. El hecho de ser la única hija mujer y la más pequeña de los hermanos, que le llevaban tres y cinco años, incidió en que ella irrumpiera en los juegos varoniles, siempre más interesantes y con mayor capacidad de fomentar la imaginación y la creatividad. En realidad, se trataba no sólo de la mejor, sino de la única alternativa de jugar. Su salón de juegos fue siempre la calle. Otro factor que influyó significativamente en los juegos y los tipos de juguetes fue la limitación económica de la familia para reaccionar ante las novedosas campañas publicitarias que proyectaban los diversos medios, pero sobre todo la televisión, que ya desde la década de los sesenta avanzaba su introducción en todos los hogares del país, independientemente de su condición económica.

Esas implacables estrategias comerciales de las grandes empresas industriales, fortalecidas por una masiva influencia de los valores y los patrones de consumismo masivo de la sociedad norteamericana, se dirigieron, sin consideración de ningún tipo, a los niños mexicanos, que pronto comenzaron a determinar en qué gastaban el dinero sus padres; estos fueron convencidos de que la felicidad, el crecimiento, la diversión o la educación infantil serían casi inalcanzables sin la compra de algún juguete de moda, que por sí mismo les otorgaría a sus hijos alegría, habilidades, motricidad y desarrollo del intelecto, además de que los adiestraría para participar con mayores posibilidades de éxito en una sociedad en que prevalecían, de manera exclusiva y excluyente, las aspiraciones y los valores del mundo adulto.

Soldados de plomo, fusiles, pistolas, cornetas, tambores y to-do tipo de juguetes bélicos, con el fin de que los niños fortalecieran su capacidad competitiva para participar en un mundo de rivalidad, violento y desafiante; coches de pedales, bicicletas, aviones, patín del diablo, para significar la importancia de pertenecer a los estratos altos y la pertinencia de la movilización social. Para las niñas, muñecas y casas de muñecas, además de todo tipo de utensilios domésticos, como licuadoras, planchitas, escobas, estufitas, juegos de té y todo lo necesario para ir descubriendo y aceptando, desde muy pequeñas, cuáles eran las labores adjudicadas, así como las tareas y responsabilidades inevitables que les había asignado para toda la vida su majestad —el hombre—, con la complicidad y la aprobación tácita, por supuesto, de las abnegadas madres.

Venturosamente, los padres de Erendirani eran pobres y no podían participar en la vorágine de imposición de valores que se extendía con tremenda rapidez a todos los hogares mexicanos, con el desinteresado soporte, desde luego, de los vecinos del norte y muy a pesar de que la televisión —también *sin interés alguno*, por supuesto—, persuadía a la población de que el consumo masivo y desmedido de este tipo de nuevos juguetes les permitiría simular ante a todas las demás personas —cuya opinión no les preocupaba en lo más mínimo por cierto— que la familia se ubicaba en un estrato socioeconómico superior al que realmente pertenecía.

Por fortuna, Erendirani no tuvo otra alternativa que jugar a los juegos de sus hermanos, como *La roña*, *Los encantados*, *El avión*, *El*

fútbol, *El patada-bote* y aquellos inolvidables juegos grupales musicales que desarrollaban la capacidad de relación social, como *Doña Blanca, A la víbora de la mar, En el patio de mi casa, La Rueda de San Miguel* y más tarde *La botella*, entre muchos otros. Y no tuvo más remedio que inventar sus propios juguetes, estimulando su creatividad y su imaginación, o bien optar por aquellos juguetes mexicanos a su alcance, como el balero, el trompo, las canicas, la matraca, la pirinola y el yoyo. Quizás por todo ello, más tarde, habrían de prevalecer en la formación de sus hijos los principios de participación activa, inclusión e igualdad de género. Es muy probable que, del efecto de tales antecedentes, se haya percatado años más tarde don Fidencio, como para proponerle atreverse a desafiar su destino.

Fue tal vez por esa inclinación hacia el lugar de origen que sus dos hermanos regresaron a la capital de Michoacán a muy temprana edad; ella permaneció como hija única con sus padres.

En la preparatoria, conoció a Agustín, un pésimo estudiante y una estrella del fútbol, que aspiraba a convertirse en profesional. Se enamoraron —o al menos eso dijeron— y se hicieron novios. Fue en una noche de parranda en la casa, con padres de viaje, del mejor amigo de Agustín, que Erendirani cambió la virginidad por la maternidad, con una puntería de Apache. Todo sucedió en una sola noche.

Ella se negó a interrumpir su embarazo como insinuaba la sutil sugerencia de su pretendiente. Como era de esperar, la noticia no provocó una gran felicidad por parte de sus padres que, sin embargo, aceptaron su decisión de sino casarse todavía, sí unir sus vidas y tratar de vivir de manera independiente. Esto hizo que Erendirani, despojada del frágil refugio de la adolescencia, abandonara sus estudios al concluir unos meses después la preparatoria y que buscara, con cierta urgencia, un trabajo para hacer frente a los nuevos gastos, ya que lo que percibía Agustín por ayudar a su padre en actividades de construcción no les permitía ni siquiera pagar la renta del departamento modesto en el que iniciaron su nueva vida.

Conseguir su primer trabajo le resultó bastante difícil, sobre todo por no haber cumplido todavía los dieciocho años. Finalmente, le dieron la oportunidad de trabajar como dependienta en una librería del centro de la ciudad: El laberinto. El sueldo no era nada respetable, pero ella tenía la oportunidad de devorar libros de toda índole

—cuando no había clientela— y le permitían además llevar a casa al-gunos ejemplares que estaban algo maltratados. Allí se intensificó en verdad su pasión indómita por la lectura. Los libros no sólo constituían su escape de una realidad un poco ingrata, sino que se convirtieron en su emocionante alternativa para volar entre las nubes de la imaginación y de los sueños.

Fue así como vivió con Agustín, en algo que ellos llamaron *matrimonio libre*, y como también recibieron a Luisito, su primer hijo. Vivieron por casi dos años juntos, más o menos sobreviviendo y más o menos condescendiendo, hasta que ella le anunció la llegada del segundo hijo y él despareció para siempre como por arte de magia.

Erendirani cumplió con creces su misión de madre soltera, como lo hace una de cada tres mujeres con hijos en México; las mujeres no abandonan a sus hijos. Ella les dio educación, cariño y respaldo incondicional.

A los cuatro años después de haber iniciado su primer empleo, Erendirani fue aceptada en Sanborns para trabajar de mesera donde, gracias a las propinas, pudo atender con mayor solvencia las necesidades esenciales de la familia. Un par de años más tarde, en la víspera de aquel fatídico jueves 9 de septiembre de 1985, en que sobrevino la primera tragedia de su vida, le sucedió algo extraño. No podía dormir, como que presentía que algo terrible estaba por acontecer, siniestro presentimiento que se agudizaba al escuchar los aullidos de un coyote a lo lejos. Tardó unas horas en quedarse finalmente dormida, para despertarse súbitamente ante el estruendo de aquel terrible y devastador terremoto de 8.1 grados. Afortunadamente el edificio en que se ubicaba su departamento resistió el terrible embate; ella se vistió a toda velocidad y salió corriendo desesperada hacia la casa de sus padres. Corría y lloraba, escuchando a lo lejos cómo se agudizaba el aullido de los coyotes, como que sabía que no iba a encontrar buenas noticias y no las encontró. El inmueble estaba completamente derrumbado y ya no le permitieron ni siquiera acercarse, no hubo sobrevivientes. Por supuesto, fue la primera experiencia terrible de su corta vida.

Los días que siguieron fueron una absoluta pesadilla. Después del sepelio de sus padres, sus dos hermanos le propusieron que se fuera a vivir con ellos a Morelia. Erendirani les agradeció, pero rehusó amablemente su ofrecimiento y tomó la decisión de salir adelante en

la ciudad que había elegido como su campo de batalla. Aquella chiquilla alegre y dicharachera, aquella jovencita atrevida y entusiasta, se convirtió de pronto en una mujer triste, tremendamente necesitada de afecto y de cariño, que se entregó por completo a sus hijos, a quienes estimuló y respaldó para que lograran los dos una formación profesional. Luisito llegó a graduarse como ingeniero petrolero y Luisita como enfermera.

Cómo se había arrepentido siempre, por cierto, de haberles puesto el mismo nombre a los dos, sólo diferenciados por el género. La habían criticado tanto y sabía bien que a sus hijos no les hacía tampoco ninguna gracia. Aunque nunca reveló ni admitió su secreto, todos la habían descubierto al suponer que era el nombre de su verdadero gran amor. Jamás lo admitió, ni siquiera con ellos, pero sin duda era absolutamente cierto.

Luis era en efecto el nombre del primer y único hombre del que verdaderamente se había enamorado, al menos hasta ese momento, en aquellos tiempos en que inició sus estudios de secundaria. Por supuesto que Luisa hubiera sido el último nombre que habría imaginado su hija para su nieta, que se llamaba Janette y que nació en esa época en que todas las jóvenes optaban por nombres extranjeros para sus hijos, aquellos que más se alejaran de los nombres mexicanos: Diego, Edgar, Alexander, Erick, Napoleón, para los niños, y Érika, Monserrat, Verónica, Itzel, Brenda, Isela y Karina —como su nieta—, para las niñas. Así, era como se llamaban los sobrinos y los amigos y amigas de sus hijos. Vaya ocurrencia la suya, de elegir sus nombres como un homenaje a aquel chiquillo, cuyo rostro había olvidado, pero del que recordaba siempre su mirada y aquel «Me gustas mucho» como sinónimo de «Te quiero».

Erendirani había trabajado catorce años en la gran cadena de los Sanborns; había transitado por cinco de los más de noventa restaurantes de la Ciudad de México. Donde más tiempo había permanecido era precisamente en el último y sin duda el principal: el de Los Azulejos, que fue justo donde conoció a don Fidencio o, más bien, donde don Fidencio la conoció a ella hacía ocho años, si bien no lo había vuelto a ver durante el último año, desde que él decidió regresar a España «a vivir las últimas correrías de su vida», como le había dicho aquella tarde de su despedida, después de haber vivido

casi sesenta años en aquel México en que cohabitaban varios Méxicos. Quería cumplir las ocho décadas, iniciar el milenio y después regresar al terruño, para que, en su oportunidad, lo enterrasen en Galicia, la tierra de sus padres, y justo de donde había partido rumbo a México, hacía ya más de medio siglo.

CAPÍTULO 2

Las dudas de Erendirani Sánchez Pérez se habían acrecentado en similar proporción a un extraño entusiasmo. La verdad es que no podía pensar en otra cosa que no fuera la propuesta de don Fidencio. El dilema se manifestaba cada día con mayor fuerza, sobre todo después de que lo comentó con su hija durante unos días en que la visitó, quien después de evaluar el ofrecimiento con especial interés, le aseveró:

—Mamá, me parece como un sueño, como una increíble oportunidad. Yo en tu lugar la habría aceptado inmediatamente. Figúrate no sólo visitar, sino vivir por un tiempo en España, es como algo mágico. Hacer nuevos amigos, vivir nuevas experiencias, … Te puedes imaginar: Madrid, Toledo, Barcelona, Granada, Sevilla, San Sebastián, Valencia, Santiago de Compostela.

»¡Increíble!, y luego a menos de dos horas de vuelo de París, Londres, Roma, Venecia, Brujas, Lisboa, etc., etc., etc. Es aún mejor que si te hubieras sacado el premio grande de la lotería. ¿Y cuánto te van a pagar?

—No lo sé —reveló Erendirani—, pero tampoco me importa, lo que sea está bien.

Su hija Luisa vivía en San Diego, California, casada con el hijo de un migrante hondureño, de una calidad humana inmejorable, y trabajaba como enfermera en uno de los hospitales más prestigiados de la Ciudad. Tenía una hija adorable que era el orgullo y la adoración de Erendirani a la que lamentablemente veía en muy pocas ocasiones.

Su hijo Luis se había establecido en Campeche, donde ejercía su profesión de ingeniero petrolero y se había casado también con una chica yucateca que fue su novia en la secundaria a la que amaba y admiraba como un demente. Esperaban en aproximadamente dos meses darle, por cierto, un nuevo nieto a Erendirani.

Al reflexionar sobre el ofrecimiento de don Fidencio, pensaba que, en buena medida, había tenido una vida monótona y gris; de acuerdo, sí, con sus ilusiones e intereses, pero también con un cierto número de valores más o menos impuestos e incluso con ciertos prejuicios que en el fondo no reflejaban sus más auténticas inquietudes y sus aspiraciones más apreciadas. Reconocía que había sabido disfrutar algunos momentos especiales, pero presentía que, a fin de cuentas, había vivido para los demás.

Una tarde en que atendía a sus clientes con la eficiencia y la amabilidad habitual —pero como que volaba de distraída—, se encontró con don Fidencio que la esperaba impaciente para ordenar su desayuno y la sorprendió al preguntarle de golpe:

—¿Lo has pensado, Erendi?

Evidentemente la pilló por sorpresa. Erendirani se quedó boquiabierta y con los ojos dilatados al máximo.

—Don Fidencio, ¡qué gusto verlo! ¿Que si lo he pensado? Pues simplemente no he pensado en nada más desde que me hizo la propuesta, no puedo ni dormir. Sin embargo, no tengo todavía una decisión. Espero que no se moleste.

—Por supuesto que no —le respondió—, tómate el tiempo que quieras, siempre y cuando no rebase el 25 de este mes que tomo el avión de regreso. Como sé bien que eres una mujer muy inteligente y sensible, también sé que, a fin de cuentas, aceptarás ayudarme a concretar mi desafío de establecer un restaurante auténticamente mexicano en Madrid.

»Para mí es como un tributo y un reconocimiento a mi esencia de mexicano. En última instancia, yo he pasado más tiempo de mi vida en México que en España. Bueno, por lo pronto, ordéname un jugo de naranja y unos chilaquiles rojos, con café, que no he siquiera desayunado.

—Sí, claro, inmediatamente —dijo ella y se retiró apresurada.

Unos minutos más tarde, mientras ella colocaba en su mesa lo que él había solicitado, don Fidencio le sugirió:

—Sabes, Erendi, he pensado que tendremos que contratar a una cocinera mexicana. Es indispensable si queremos que nuestro restaurante no se convierta en una expresión grotesca y turística de lo mexicano. Es necesario que difundamos las maravillas de la cocina de nuestro país. Tú podrías ayudarme en esto, estoy seguro. Búscate una cocinera que verdaderamente sepa y que sea confiable para ti.

»Puedes ofrecerle que le daremos una cantidad respetable para su viaje y su instalación en Madrid y un sueldo mensual en pesetas equivalente a cuatro mil dólares, que es lo que se les paga a los cocineros en nuestros otros dos restaurantes. Tú, por cierto, recibirías el doble, que es lo que se tiene asignado mi yerno por administrar cada uno de los dos negocios. Claro, recibirían también un cierto porcentaje de las ganancias, como sucede en los otros dos casos.

—Claro, yo le ayudaré —ofreció Erendirani y se fue caminando lentamente y con la boca abierta hacia la cocina, la que cerró justo cuando se topó con la mirada de la mayora de la cocina del Sanborns de Los Azulejos—. Al terminar nuestro trabajo nos iremos a tomar un café y a conversar. Me urge hablar contigo —le planteó.

Al llevar la cuenta a don Fidencio, le preguntó:

—¿Tiene usted libre el próximo sábado 20? Quisiera invitarlo a cenar en mi casa, para conversar y para que le informe y le explique mi decisión, cualquiera que esta sea. Lo espero a las nueve de la noche, si le parece —agregó, entregándole una tarjeta con su dirección. Don Fidencio aceptó y le aseguró que ahí estaría puntual.

Al entrar a un pequeño restaurante cercano al Sanborns, Erendirani le advirtió a Lorenza:

—¿Qué pensaría nuestro jefe si nos viera consumiendo con la competencia? Nos iba a jalar las orejas, ¿no crees?

—Sí tú, *pos* a ver si no nos agarran tragando pinole.

Le contó con todo detalle acerca de quién era don Fidencio, de cómo lo había conocido y se había iniciado una amistad inconmensurable entre ambos, además de explicarle los pormenores de su invitación, que ahora se extendía a las dos, pues le transmitió la propuesta

para hacerse cargo de la cocina del nuevo restaurante mexicano en Madrid, en los términos que había precisado don Fidencio. Le aclaró que ambas tendrían que decidirse antes del siguiente sábado.

—¡*Carambolix*, comadre! —apuntó Lorenza y después de meditar durante dos minutos, le resolvió: —Desde que me vine a la Ciudad de México, me he dedicado a trabajar para enviar dinero a mis padres. Ahora sólo tengo a mi madre y no la veo casi nunca, ella vive con sus dos hermanas en el pueblo; sólo conversamos de vez en cuando por teléfono. ¿Cómo ves que si tú aceptas, pues yo sí le entro? Creo que podría ayudar más a mi gente y nos seguiríamos comunicando por teléfono, como siempre. Total, el que es perico donde quiera es verde.

Lorenza Jiménez Ruiz era una mujer poblana de Santa Isabel de Atenayuca, en el municipio de Juan N. Méndez, realmente atractiva, con una sonrisa muy agradable y una risa contagiosa; quizás un poco pasada de peso, probablemente porque tenía que probar todo lo que preparaba. Es cierto, sin embargo, que su figura tenía un encanto singular, como también lo era que no tenía compromiso de pareja alguno. Pensaba que ya no habría de casarse nunca. «Más vale sola que mal acompañada», solía decir.

Esa noche, Erendirani le compartió a su hija la reciente plática con don Fidencio.

—¿Ocho mil dólares? —le comentó su hija con una expresión de gran sorpresa —. Pero eso es una fortuna madre. ¿Te das cuenta?

—Bueno, debes tomar en consideración que allá los gastos son en pesetas, tal vez no es tanto como parece. Claro que recibir un porcentaje de las ganancias puede ayudar.

—Mamá. Los gastos en España son como en San Diego. Tú ganarías más de lo que ganamos mi marido y yo juntos. Y además una participación en las utilidades. ¡Guau! Te vas a volver una mujer ricachona. Te van a llover los pretendientes. Mira que los españolitos no están nada mal.

—Estás loca —le contradijo—. Yo en eso ni pienso.

—Pues como que ya es tiempo de que vayas pensando, madre. Se inicia un nuevo ciclo y, por lo tanto, una nueva vida.

Luisa pensó que era conveniente dejar sola a su madre para esa cena del sábado con don Fidencio, así que programó visitar a una amiga de la infancia que le insistía en reunirse.

Erendirani se sentó tranquilamente a realizar la última meditación antes de tomar una decisión. Aún dudaba y optó por entregarse a las delicias de la duda.

«Desdichado aquel que no haya vacilado nunca», pensó.

La verdad, por otra parte, es que en su vida nunca había florecido la esperanza de algo especial.

Don Fidencio consideraba que Erendirani jamás podía pasar inadvertida. Le tenía un aprecio especial y creciente y además sentía una particular identificación con sus actitudes y valores. En el camino a su casa, don Fidencio recordó aquella tarde en que regresaban del Sanborns y Rocío, su mujer, le reclamó diciéndole:

—Tú tienes una marcada predilección por Erendirani. Hasta parece que te identificas más con ella que con tus propios hijos.

Don Fidencio era un hombre poco impulsivo; en realidad, pensaba casi siempre lo que decía, pero también decía siempre lo que pensaba.

—Pues mira mujer, si eso parece, pues me parece muy natural, porque es totalmente cierto. Yo con quien más me identifico, después de contigo claro, es con ella. Me gusta cómo es, cómo piensa, cómo siente. La manera en la que disfruta el trabajo, el significado que tiene para ella. En eso nos parecemos, no cabe duda. Para Erendi el trabajo no es una carga ni un castigo. Para ella trabajar es como para un niño jugar. Eso me agrada mucho, no puedo negarlo.

—Y si disfruta tanto con el trabajo y, como tú, se pasa la vida trabajando, ¿por qué no se le nota feliz? ¿Por qué se queda con esa vista perdida, como sin observar nada?

—Esa es harina de otro costal, ya te lo he dicho. Yo creo que eso, más bien, tiene que ver con lo complicadas que son todas las mujeres.

A las nueve en punto sonó el timbre de la casa de Erendirani. Por supuesto era don Fidencio; no obstante, está consciente de que en México es casi una descortesía, ante una invitación a cenar, llegar justo a la hora en que le indicaron.

La puerta se abrió y apareció Erendirani, con un vestido color naranja que resaltaba muy favorablemente su tez morena, pero, sobre todo, con un peinado recogido hacia arriba que hacía destacar los rasgos indígenas de su belleza mexicana.

—¡Joder!, pero qué guapa —reconoció don Fidencio sinceramente sorprendido.

Durante diez años de conocerla siempre la había visto con el atuendo habitual de las meseras de Sanborns. Ahora parecía más alta y esbelta, con un cierto matiz de elegante altivez.

—Qué amable, don Fidencio. Pase, pase, por favor. Tome usted posesión de su casa.

Le ayudó a retirarse la gabardina, mientras él accedía con un grado manifiesto de confusión. Ella le invitó a tomar asiento en el sillón principal de la sala. Era una casa modesta, con muebles mexicanos, con infinidad de detalles y fotografías, en la que se respiraba una atmósfera de verdadero hogar.

Después de los comentarios de rigor, Erendirani le invitó a beber algo.

—¿Qué le apetece, don Fidencio? ¿Le parece un tequilita o prefiere un mezcal o una cerveza?

—Yo nunca le digo que no a un tequila, mi querida Erendi, gracias.

Erendirani lo miró con esos expresivos ojos negro azabache. Se sonrió lentamente, se dio media vuelta y se dirigió a la cocina en busca de aquella botella de buen tequila que había comprado para él. Su falda era lo suficientemente corta y don Fidencio recordó la reflexión de aquel viejo poeta andaluz que afirmaba que lo más hermoso del cuerpo de una mujer eran los ojos, la nuca y las corvas. Se ruborizó y se apenó un poco al sentir su intromisión y su atrevimiento.

Erendirani le llenó la copa y sirvió otra más para ella. Brindaron por su amistad, por México y por España.

—¿Qué noticias me tienes, Erendi? —preguntó don Fidencio, en un tono que pretendía ser muy cordial. No acostumbraba a diferir por mucho tiempo la definición de un asunto que, en verdad, le fuera importante.

Erendirani se incorporó y se dirigió hacia el aparato de sonido para disminuir el volumen de aquellos boleros antiguos que acompañaban el encuentro. Volvió a sentarse con toda calma y le confesó:

—Mire don Fidencio, mi vida no ha sido fácil, aunque debo reconocer también que no ha tenido nada de espectacular. Se trata de la vida que tenía que vivir; es decir, como supuestamente debía vivir. Nada interesante, es cierto, pero también lo es que ha sido una vida tranquila… quizás demasiado.

»Usted me propone que queme las barcas, que arriesgue todo y me lance a construir la aventura de mi vida, y que lo haga a pesar de no tener en mí la confianza que usted sí tiene. No le tengo miedo a la pobreza, a la soledad ni a la muerte, pero sí le tengo miedo al miedo. No sé si podría resistir un fracaso. —Se tomó la copa de tequila de un golpe. Don Fidencio la imitó y se reclinó juntando los dedos de sus manos.

Erendirani llenó de nuevo las copas.

—No tengo la excusa de mis hijos. Viven fuera y hablo con ellos por teléfono casi todos los días y eso podría continuar haciéndolo desde España. Debo preguntarle antes que nada don Fidencio si está usted absolutamente seguro de querer apostar por mí en un sueño que para usted es sin duda importante.

Ahora fue don Fidencio quien se bebió de un golpe la copa de tequila, se inclinó hacia adelante y le explicó con un instinto infalible:

—Mira, Erendi. La vida me ha enseñado a conocer a la gente. A veces la experiencia no ha sido muy agradable. Durante los casi diez años que tengo de conocerte, me has demostrado que no sólo dispones de una inteligencia muy aguda, sino que además eres una mujer de carácter. Esas son dos cualidades para mí muy valiosas. Estoy consciente de lo que para ti implica aceptar mi propuesta, pero también estoy absolutamente seguro de que triunfarás en todo lo que te propongas. En última instancia, sólo te hace falta un poco de atrevimiento y de que te lo creas.

Erendirani bebió su copa y volvió a servir para ambos. Le clavó nuevamente la mirada profunda de aquellos bellos ojos felinos y le expresó lo siguiente:

—¡Ay! Don Fidencio, de veras que usted es terco. Pero el que por su gusto muere, hasta la muerte le sabe. Sí, tengo miedo, pero también